

WENCESLAO PEDERNERA “AMOR QUE SE HACE ESPERANZA”

Wenceslao Pedernera, trabajador rural, padre de familia, cuyano nacido en San Luis, un laico comprometido con una Iglesia testimonial. Hombre de la periferia, al igual que Jesús. W., en la muy humilde La Rioja, provincia de la periferia geográfica y existencial de la Argentina, dominada por poderosos terratenientes aferrados a sus privilegios. Jesús de Nazareth, humilde e invisibilizado pueblo de Galilea, región periférica de una remota provincia del imperio romano.

Podemos hoy contemplar algunos momentos de su vida, momentos muy significativos porque revelan el camino que Dios le fue preparando para el supremo testimonio.

El primer hecho, ocurrido en Mendoza, es todo un signo que anuncia el martirio, es decir el testimonio que fue la vida de Wenceslao. Se trata del momento de su acercamiento a la vida de la Iglesia, la lectura de la Palabra, la oración, los sacramentos, la tarea evangelizadora (ya que en un principio no vivía la fe cristiana). A la par que realizaba su tarea social en el Movimiento Rural de la Acción Católica Argentina. De esta manera Wenceslao respondió al impulso que el Concilio Vaticano II dio a la espiritualidad laical, santificándose especialmente en la acción social cristiana. Como los verdaderos santos “ni la oración, ni el amor a Dios, ni la lectura del Evangelio le disminuyeron la pasión ni la eficacia de su entrega al prójimo, sino todo lo contrario.” (Francisco: Gaudete et Exsultate, 100)

El segundo acontecimiento que configuró definitivamente su vocación de laico comprometido con una Iglesia de los pobres para los pobres, fue su encuentro con Mons. Enrique Angelelli, y su consiguiente traslado a La Rioja para integrarse al Movimiento Rural diocesano y a la tarea evangelizadora: va con su esposa y sus hijas, familia “en salida”, comunidad “en salida”, modelo de Iglesia en salida hacia los pobres, para lo que no basta con realizar algunas buenas obras sino buscar un cambio que los libere de la exclusión, defendiendo su derecho a una vida digna y denunciando la injusticia ejercida por los dueños del poder. Un camino nada fácil, como el que emprendió María hacia Isabel, luego de haber escuchado la palabra de Dios y haberlo alabado declarándose su servidora ante el anuncio del ángel. Así salió Wenceslao al encuentro del otro, como María, llevándole a Jesús, junto con su trabajo solidario, y lo hizo en familia, en comunidad. En La Rioja se instalaron en uno de los lugares de mayor pobreza y se sumaron al proyecto de organizar una cooperativa de trabajo y a la vez un proyecto de evangelización, bajo la inspiración de la Doctrina Social de la Iglesia. Wenceslao comprendía que como laico debía poner su granito de arena a la renovación de un mundo plagado de egoísmos estructurales.

El tercer gesto que Wenceslao nos deja como testimonio y legado son sus últimas palabras dirigidas a los suyos con respecto a sus verdugos: “No odien, yo los perdono”. Palabras en consonancia con las de Jesús en el Evangelio de este segundo domingo de Pascua, dedicado a la Divina Misericordia, cuando nos dice que serán perdonados los pecados de aquellos a quienes sus discípulos se los perdonen (Jn. 20,23). Wenceslao ofreció su perdón a sus verdugos que sin embargo aún rechazan ese perdón, negando así la gracia de la donación de la vida y del perdón, ofrenda de amor verdadero por su total gratuidad.

Pero a pesar de tal negación, hoy, durante este tiempo pascual, celebramos el perdón de Wenceslao, que es un signo concreto de la misericordia, del amor victorioso frente al odio y la muerte. Por eso repetimos unas palabras de otro mártir, San Oscar Romero, pronunciadas durante la Pascua de 1978:

“Esta es una noche de triunfo, una noche de victoria. Pero no una victoria que deja aplastados en el odio, en la sangre, a los enemigos. Las victorias que se amasan con sangre son odiosas; [...] La victoria que triunfa es la de la fe; la victoria de Cristo que no vino a ser servido sino a servir, y el triunfo de su amor es este triunfo pacífico, [...] es el triunfo de la vida sobre la muerte, el triunfo de la paz, el triunfo de la alegría, el triunfo de las aleluyas, el triunfo de la resurrección del Señor.”

Podemos agregar a las palabras de monseñor Romero: esta es una noche también del triunfo de la esperanza. El testimonio de Wenceslao lo encontramos definido en algunos versos de Enrique Angelelli, de su poesía “El hombre proyecto de pueblo”:

*Mezcla de tierra y de cielo,
proyecto de humano y divino...
que en cada hombre se hace rostro
Y su historia se hace pueblo.*

*Es barro que busca la Vida,
es agua que mezcla lo Nuevo,
amor que se hace esperanza
en cada dolor del pueblo.*

.....
*Aquí la historia es camino
y el hombre siempre un proyecto.*

Wenceslao, fiel servidor, cumplió hasta sus últimas consecuencias el mandato de Jesús Resucitado: anunció la Buena Noticia a los pobres y, a través de ellos, a toda la humanidad. Lo hizo con la prédica de la palabra y con la acción solidaria. Junto con su vida entregó su perdón. Así el amor se hizo esperanza. Como dice la canción: la justicia por la que luchó Wenceslao llamó a la paz, y la paz que él construyó llamó al perdón, supremo testimonio del amor. La vida de Wenceslao nos revela el Proyecto.